

LA  
GUERRA  
DE LAS DOS  
ROSAS

LOS IMPERDIBLES

CONN IGGULDEN

LA  
GUERRA  
DE LAS DOS  
ROSAS  
TORMENTA



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2016

Título original: *War of the Roses. Stombird*

© 2013, Conn Iggulden

© 2016, de la traducción: Mar Vidal

© 2016, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2016

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-16261-84-0

CÓDIGO IBIC: FA

DL B 29370-2015

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Para Mark Griffith,  
un descendiente de Juan de Gante.

# INGLATERRA EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS



## PRÓLOGO

*Anno Domini 1377*

Cuencos de oscura sangre real habían quedado debajo de la cama, olvidados por el médico. Alice Perrers descansaba en una silla, jadeando tras el esfuerzo de embutir al rey de Inglaterra en su armadura. El aire de la estancia olía a rancio de sudor y muerte, y Eduardo yacía como su propia efigie, pálido y con barba blanca.

Alice tenía los ojos llenos de lágrimas mientras lo miraba. El golpe que había derrotado a Eduardo llegó un día claro de primavera, inadvertido y terrible, con un viento cálido. Con gesto delicado, se inclinó sobre él y le limpió la baba de la comisura de los labios entreabiertos. Había sido un hombre fuerte, un hombre entre hombres, capaz de luchar desde el alba hasta el anochecer. Su armadura brillaba, pero estaba arañada y estropeada como la carne que protegía. Por debajo, el músculo y el hueso se habían consumido.

Esperó a que abriera los ojos, sin saber hasta qué punto era capaz de comprender. La conciencia iba y venía, instantes de vida cada vez más débiles y breves a medida que avanzaban los días. Al anochecer, se había despertado y había susurrado que le pusieran la armadura. El médico se sobresaltó en su butaca y cogió otro de sus asquerosos brebajes para que el rey bebiera. Frágil como un niño, Eduardo rechazó con un

gesto de la mano la apestosa mezcla, y se empezó a atragantar cuando el hombre insistió en ponerle el bol en la boca. Al verlo, Alice sintió una firme determinación. Ante las furiosas protestas del médico, lo echó de las estancias del rey, persiguiéndolo con el delantal en la mano e ignorando sus amenazas hasta que consiguió cerrar la puerta tras él.

Eduardo la había observado sacar su cota de malla de la armadura. Había sonreído un momento, y luego sus ojos azules se habían cerrado y se había vuelto a dejar caer sobre las almohadas. Durante la hora siguiente, ella se fue sonrojando por el esfuerzo, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano mientras se peleaba con las correas de cuero y el metal, tirando del anciano hacia delante y hacia atrás sin ayuda alguna. Sin embargo, su hermano era caballero y no era la primera vez que vestía a un hombre para la guerra.

Cuando finalmente deslizó los guanteletes de metal por sus manos y se reclinó, él apenas era ya consciente y gemía levemente mientras se abandonaba. Sus dedos se aferraron a las mantas arrugadas hasta que jadeó y se incorporó, consciente de lo que quería. Alice alcanzó la gran espada apoyada en la pared de la habitación, y necesitó la fuerza de los dos brazos para colocarla donde la mano de él pudiera agarrar la empuñadura. Hubo un tiempo en el que Eduardo había manejado aquella arma como si careciera de peso. Ella se secó las cálidas lágrimas mientras la mano de él se aferraba a la empuñadura con un espasmo, con el crujido del guantelete rompiendo el silencio.

Una vez más, volvía a tener aspecto de rey. Lo había conseguido. Ella asintió para sus adentros, satisfecha de que cuando llegara la hora, se le vería de la misma manera en que había vivido. Buscó un peine en su bolsillo y se puso a alisarle la barba y el pelo blancos por donde se le habían apelmazado y enredado. No tardaría. El rostro le cayó hacia un lado como

si estuviera hecho de cera tibia fundida, y el aliento le salía en jadeos crepitantes.

A sus veintiocho años, ella era casi cuarenta años más joven que el rey pero, hasta su enfermedad, Eduardo había sido fuerte y vigoroso, como si fuera a vivir para siempre. Había reinado durante toda la vida de ella, y ninguno de sus conocidos era capaz de recordar a su padre, ni al gran Martillo de los Escoceses, que había reinado antes que él. La familia Plantagenet había dejado huella en Inglaterra y dividido Francia en batallas que nadie pensó que podían ganar.

El peine se enganchó en la barba. Unos ojos azules se abrieron a su tacto y, desde aquel cuerpo devastado, su rey alzó la mirada hacia ella. Alice se estremeció bajo la mirada feroz que durante tanto tiempo se había vuelto dulce cuando se posaba sobre ella.

–Estoy aquí, Eduardo –dijo, casi en un susurro–. Estoy aquí. No estáis solo.

Parte de su rostro se tensó en una mueca y levantó el brazo bueno, el izquierdo, para tomar su mano y bajarla, con el peine bien agarrado. Cada respiración era un silbido lleno de dificultad, y su tez se enrojecía por el esfuerzo de intentar hablar. Alice se inclinó hacia él para escuchar el embrollo de palabras.

–¿Dónde están mis hijos? –dijo, levantando la cabeza hasta separarse de la almohada, para luego dejarse caer. La mano derecha le temblaba alrededor de la empuñadura de la espada, ayudándose de ella.

–Vienen de camino, Eduardo. He mandado mensajeros a buscar a Juan, para hacerle regresar de la cacería. Edmundo y Tomás están en el ala más lejana. Todos vienen hacia aquí.

Mientras hablaba pudo oír el ruido de unos pasos y el rumor de voces masculinas. Conocía bien a los hijos de él y se preparó, consciente de que sus momentos de intimidad llegaban a su fin.



–Me harán salir, amor, pero no me iré lejos.

Se agachó y le besó los labios, sintiendo el calor poco natural de su aliento amargo.

Mientras se acomodaba pudo oír el bramido de la voz de Edmundo, contándoles a los otros dos alguna apuesta que había hecho. Sólo deseó que el hermano mayor pudiera haber estado entre ellos, pero el Príncipe Negro había muerto justo un año antes, sin poder heredar nunca el reino de su padre. Pensó que la pérdida del heredero al trono había sido el primer golpe que condujo a todo lo demás. Los hijos no deberían morir nunca antes que sus padres, pensó. Era una crueldad difícil de soportar, para un hombre o para un rey.

La puerta se abrió con un golpe que hizo sobresaltar a Alice. Los tres hombres que entraron se parecían a su padre aunque de un modo distinto. Con la sangre del viejo Piernas Largas en las venas, estaban entre los hombres más altos que había visto en su vida, y con su presencia llenaron la estancia y se acercaron a ella incluso antes de hablar.

Edmundo de York era delgado y tenía el pelo negro, y al ver a la mujer sentada junto a su padre la fulminó con la mirada. Nunca había aprobado a las amantes de su padre y, cuando Alice se levantó y se quedó de pie con postura sumisa, bajó la mirada con expresión amarga. A su lado, Juan de Gante llevaba la misma barba que su padre, aunque la suya era todavía poblada y negra y cortada en una punta alargada que le ocultaba el cuello. Los hermanos se inclinaron hacia su padre, contemplándolo mientras los ojos se le volvían a cerrar.

Alice tembló. El rey había sido su protector mientras ella amasaba una fortuna. Se había hecho rica con su relación, pero era muy consciente de que cualquiera de los hombres de la estancia podía ordenar su detención por capricho, y requisar sus pertenencias y tierras con una sola palabra. El título de duque era todavía tan nuevo para los hermanos que ninguno

había puesto a prueba su autoridad. Estaban por encima de condes y barones, casi como reyes por derecho propio, y tan sólo encontraban a sus pares e iguales en aquella estancia, aquel día.

Dos jefes de las cinco grandes casas estaban ausentes. Leonel, duque de Clarence, había muerto ocho años antes, dejando como única heredera a una niña. El hijo del Príncipe Negro era un muchacho de diez años. Ricardo había heredado el ducado de Cornualles de su padre, igual que heredaría el propio reino. Alice había conocido a ambos chicos y sólo esperaba que Ricardo sobreviviera a sus poderosos tíos lo suficiente como para convertirse en rey, aunque a decir verdad no daba ni un centavo por sus opciones.

El más joven de los tres era Tomás, duque de Gloucester. Tal vez porque era el que se le acercaba más en edad, siempre había tratado a Alice con amabilidad. Fue el único en reconocerla cuando se levantó temblorosa.

—Sé que habéis sido un consuelo para mi padre, lady Perrers —dijo Tomás—. Pero éste es un momento íntimo para la familia.

Alice parpadeó entre lágrimas, agradecida por su amabilidad. Edmundo de York habló antes de que pudiera responder.

—Quiere decir que debe salir de aquí, muchacha —dijo. Lo hizo sin mirarla, con los ojos fijos en la figura de su padre yaciendo en su armadura sobre las pálidas sábanas—. Vamos, fuera.

Alice salió rápidamente al oírlo, frotándose los ojos. La puerta estaba abierta y se volvió a mirar a los tres hijos, de pie junto al rey que se moría. Cerró la puerta delicadamente y sollozó mientras se alejaba hacia el palacio de Sheen.

A solas, los hermanos permanecieron un buen rato en silencio. Su padre había sido la columna vertebral de sus vidas,

la única constante en un mundo turbulento. Había reinado cincuenta años y el país se había hecho fuerte y rico bajo su mando. Ninguno de ellos se podía imaginar el futuro sin él.

–¿No debería haber un capellán? –sugirió Edmundo de pronto–. Ya es bastante desdicha que nuestro padre haya sido atendido por una puta en sus últimos momentos.

No vio como su hermano Juan fruncía el ceño ante el estrépito de su voz. Edmundo ladraba al mundo con cada palabra que pronunciaba, era incapaz de hablar en voz baja, o al menos se negaba a hacerlo.

–Se le puede llamar para los últimos ritos –respondió Juan, suavizando el tono deliberadamente–. Lo hemos hecho pasar para que rezara en la pequeña estancia de fuera. Esperará un poco más, por nosotros.

Volvieron a quedarse en silencio, pero Edmundo se movía y suspiraba. Bajó la vista hacia la figura inmóvil, viendo cómo el pecho subía y bajaba, la respiración audible con un fuerte crujido en los pulmones.

–No veo... –empezó a decir.

–Paz, hermano –dijo Juan calladamente, interrumpiéndolo–. Sólo... paz. Ha pedido su armadura y su espada. No tardará.

Juan cerró los ojos irritado por un momento, mientras su hermano menor miraba a su alrededor y encontraba una butaca adecuada, que arrastró cerca de la cama con un ruido chirriante.

–No hay ninguna necesidad de estar de pie, ¿no? –dijo Edmundo con suficiencia–. Al menos puedo ponerme cómodo. –Apoyó las manos en las rodillas, dirigiendo la mirada a su padre antes de volver la cabeza. Cuando volvió a hablar, su voz había perdido la estridencia habitual–. Casi no puedo creerlo. Siempre ha sido tan fuerte.

Juan de Gante apoyó la mano en el hombro de Edmundo.

–Lo sé, hermano. Yo también lo amo.

Tomás frunció el ceño, mirándolos.

—¿Haréis que muera con vuestro parloteo vacío sonando en sus oídos? —dijo con severidad—. Dadle silencio o plegaria, una de dos.

Juan aferró el hombro de Edmundo con más fuerza al sentir que su hermano iba a responder. Para su alivio, Edmundo se calmó con poca convicción. Juan dejó caer la mano y Edmundo levantó la mirada, irritado por su tacto incluso cuando aquél ya la había retirado. Miró furioso a su hermano mayor.

—¿Habéis pensado, Juan, que ahora hay tan solo un chico entre vos y la Corona? Si no fuera por el querido pequeño Ricardo, mañana seríais rey.

Los otros dos hablaron inmediatamente airados, pidiéndole a Edmundo que cerrara la boca. Él se encogió de hombros.

—Dios sabe que las casas de York y Gloucester no verán la Corona acercarse a ellas, ¿pero vos, Juan? Estáis tan sólo a un suspiro de convertirlos en realeza por la gracia de Dios. Si fuera yo, estaría pensando en ello.

—Debería haber sido Eduardo —espetó Tomás—. O Leonel, si hubiera vivido. El hijo de Eduardo, Ricardo, es el único descendiente varón y esto es lo que hay, Edmundo. Dios, no sé cómo tenéis las agallas de decir algo así con vuestro padre yaciendo en su lecho de muerte. Y tampoco sé cómo podéis llamar al auténtico linaje real «un suspiro». Ahorraos los comentarios, hermano. Estoy harto de escucharos. Hay un único linaje. Hay un solo rey.

El anciano yacente en el lecho abrió los ojos y volvió la cabeza. Todos percibieron el movimiento, y la agria respuesta de Edmundo quedó enmudecida. Al unísono, se inclinaron a escuchar mientras su padre sonreía débilmente, con la expresión torciéndole la mitad buena de la cara en un rictus que revelaba el amarillo oscuro de los dientes.

–¿Habéis venido a verme morir? –preguntó el rey Eduardo. Sonrieron ante el destello de vida y Juan sintió que los ojos se le inundaban de unas indeseadas lágrimas, de modo que la visión se le emborronó.

–Estaba soñando, chicos. Soñaba en un campo verde y que cabalgaba por él. –La voz del rey era frágil y quebradiza, tan aguda y débil que apenas la oían. Sin embargo, en sus ojos vieron al hombre que habían conocido antes. Todavía estaba allí, vigilándolos.

–¿Dónde está Eduardo? –preguntó el rey–. ¿Por qué no ha venido?

Juan se enjugó con fuerza las lágrimas.

–Nos dejó, padre. El año pasado. Su hijo Ricardo será rey.

–Ah. Le echo de menos. Lo vi luchar en Francia, ¿lo sabíais?

–Lo sé, padre –respondió Juan–. Lo sé.

–Los caballeros franceses invadieron su campo, gritando y derribándolo todo. Eduardo estaba solo, con tan solo unos pocos de sus hombres. Mis barones me preguntaron si quería enviar a algunos de mis caballeros para ayudarlo, para ayudar a mi hijo mayor. Tenía dieciséis años, entonces. ¿Sabéis lo que les dije?

–Dijisteis que no, padre –susurró Juan.

El anciano se rio, con la respiración entrecortada, y el rostro se le oscureció.

–Dije que no. Dije que tenía que ganarse las espuelas. –Sus ojos se dirigieron al techo, perdido en el recuerdo–. ¡Y lo hizo! Luchó hasta abrirse paso y regresó a mi lado. Entonces supe que sería rey. Lo supe. ¿Va a venir?

–No vendrá, padre. Ya no está, y su hijo será rey.

–Sí, lo siento. Lo sabía. Lo amaba, a ese muchacho, ese valiente muchacho. Lo amaba.

El rey exhaló, y exhaló, y exhaló, hasta que se quedó sin aliento. Los hermanos esperaron en un terrible silencio y Juan

lloró, tapándose los ojos con el brazo. El rey Eduardo III había muerto y la quietud era como un peso enorme encima de todos ellos.

–Id a buscar al capellán para los últimos rituales –dijo Juan. Se inclinó para cerrar los ojos de su padre, que ya carecían del destello de la voluntad.

Uno a uno, los tres hermanos se inclinaron a besar la frente de su padre, a tocar su piel por última vez. Lo dejaron allí mientras el sacerdote entraba y salieron al sol de junio y al resto de sus vidas.

# PRIMERA PARTE



*Anno Domini 1443*  
Sesenta y seis años después de la muerte  
de Eduardo III

Ay de ti, oh tierra, cuando tu rey es un niño.

ECLESIASTÉS 10:16

# 1

Aquel mes en Inglaterra hacía frío. La escarcha blanquecina hacía brillar los caminos en la oscuridad, y se pegaba a los árboles en forma de telarañas de hielo colgantes. Los guardas se encorvaban y temblaban mientras vigilaban las almenas. En las estancias superiores, el viento sollozaba y ululaba al doblar alrededor de las piedras. La hoguera de la habitación podía haber sido una pintura, por la escasa calidez que aportaba.

—¡Recuerdo al príncipe Hal, William! ¡Un auténtico león! Sólo diez años más y habría tenido al resto de Francia a sus pies. Enrique de Monmouth era mi rey, nadie más. Dios sabe que seguiría a su hijo, pero este chico no está hecho de la misma pasta que su padre. Vos lo sabéis. En vez del león de Inglaterra, tenemos a un corderito blanco para dirigir nuestras plegarias. Dios mío, me dan ganas de echarme a llorar.

—¡Derry, por favor! No levanteis tanto la voz. No pienso tolerar blasfemias. No se las permito a mis hombres y espero de vos un comportamiento más apropiado.

El más joven dejó de andar y levantó la vista, con un destello duro en la mirada. Avanzó dos pasos y se le acercó mucho, con los brazos ligeramente doblados, caídos a ambos lados. Era media cabeza más bajo que lord Suffolk, pero tenía una



compleción fuerte y estaba muy en forma. La rabia y la fuerza bullían en su interior, siempre a punto de estallar.

—Juro que nunca había estado tan cerca de golpearos, William —exclamó—. Esos que me escuchan son mis hombres. ¿Creéis que estoy tratando de atraparos? ¿Es eso? Dejad que me oigan. Saben lo que haré si repiten una sola palabra.

Con un puño bien apretado, golpeó a Suffolk ligeramente en el hombro, desviando la expresión ceñuda del hombre con una carcajada.

—¿Blasfemia? Habéis sido soldado toda vuestra vida, William, pero habláis como un cura bonachón. Todavía podría lanzaros al suelo. Es la diferencia entre vos y yo. Vos sois un buen luchador cuando se os pide, pero yo lucho porque me gusta. Por eso esto me corresponde a mí, William. Por eso seré yo quien encuentre el sitio adecuado para el cuchillo y allí lo meteré. No necesitamos a caballeros piadosos, William, para eso no. Necesitamos a un hombre como yo, un hombre capaz de detectar la debilidad y que no tema arrancarle los ojos.

Lord Suffolk lo fulminó con la mirada, con un largo suspiro. Cuando el cabecilla de los espías del rey estaba lanzado, era capaz de mezclar insultos y cumplidos en una cascada de vitriolo amargo. Si alguien se ofendía, se dijo Suffolk, nunca conseguiría hacer nada. Sospechaba que Derihew Brewer conocía muy bien los límites de su temperamento.

—Puede que no necesitemos a un «caballero», Derry, pero sí necesitamos a un lord para que trate con los franceses. Me escribisteis, ¿os acordáis? Crucé el mar y dejé mis responsabilidades en Orleans para escucharos. De modo que os agradecería que me contarais vuestros planes o regresaré a la costa.

—Ah, es eso, ¿no? ¿Yo debo pensar las respuestas y dárse-las a mi noble amigo para que él pueda llevarse toda la gloria? Para que puedan decir «que William Pole, ese conde de

Suffolk, es un hombre muy agudo», mientras se olvidan de Derry Brewer.

–William *de la Pole*, Derry, como sabéis muy bien.

Derry respondió entre dientes, con una voz semejante a un gruñido.

–Ah, ¿sí? Creéis que es el momento de tener un bonito nombre que suene francés, ¿no? Creía que erais más listo, de veras lo creía. El caso es, William, que lo haré de todos modos, porque me importa lo que le ocurra a ese corderito que nos gobierna. Y porque no quiero ver mi país desgarrado por una horda de tontos y bastardos fanfarrones. Tengo una idea, aunque no os guste. Lo único que necesito saber es si comprendéis lo que está en juego.

–Lo comprendo –dijo Suffolk, con una mirada acerada de sus ojos grises.

Derry le sonrió con una mueca totalmente desprovista de humor, que dejó al descubierto los dientes más blancos que Suffolk recordaba haber visto jamás en un adulto.

–No, no lo comprendéis –dijo con expresión desdeñosa–. El país entero está esperando que Enrique sea la mitad de hombre que fue su padre, que acabe la gloriosa obra que arrebató media Francia a los franceses y que hizo que su precioso delfín saliera corriendo como una niña. Están esperando, William. El rey tiene veintidós años, y su padre era un guerrero hecho y derecho a su misma edad. ¿Lo recordáis? El viejo Enrique les habría arrancado los pulmones a esos franceses para usarlos como manoplas, sólo para calentarse las manos. Pero el corderito, no. Ese chico, no. El cordero no es capaz de liderar, ni tampoco de luchar. ¡Ni tan siquiera le crece la barba, William! Cuando se den cuenta de que nunca estará a la altura de su padre, será nuestro fin ¿lo entendéis? Cuando los franceses dejen de temblar de miedo porque el rey Enrique, el león de la maldita Inglaterra, no va a volver, todo habrá

terminado. Tal vez dentro de un año o dos, habrá un ejército francés agrupándose como avispas para ir a pasar el día a Londres. Unas cuantas violaciones y asesinatos ociosos y nos estaremos quitando el sombrero y haciendo reverencias cada vez que oigamos a alguien hablar en francés. ¿Eso es lo que queréis para vuestras hijas, William? ¿Y para vuestros hijos? Esto es lo que está en juego, William *English Pole*.

—Pues entonces decidme cómo podemos conseguir una tregua —dijo Suffolk, lenta pero enérgicamente.

A sus cuarenta y seis años, Suffolk era un hombre grandote, con una mata de pelo negro y gris que le caía por la amplia cabeza casi hasta los hombros. En los últimos años había engordado y al lado de Derry se sentía viejo. El hombro derecho le dolía casi siempre, y hacía unos años se había hecho un corte profundo en una pierna, cuyo músculo nunca cicatrizó adecuadamente. En invierno cojeaba, y mientras permanecía en la fría estancia sentía punzadas de dolor subiéndole por la pierna. Se le estaba acabando la paciencia.

—Es lo que me ha dicho el chico —respondió Derry—. Traedme una tregua, me ha dicho. Traedme la paz. ¡Paz, cuando podríamos tenerlo todo con una buena temporada de lucha! Se me revolvió el estómago. Y su pobre padre debía de estar revolcándose dentro de su tumba. He pasado más tiempo en los archivos del que a ningún hombre con la sangre roja se le debería pedir nunca. Pero lo encontré, William Pole. Encontré algo que los franceses no rechazarán. Se lo llevaréis y se inquietarán y preocuparán, pero no serán capaces de resistirse. Tendrá su tregua.

—¿Y compartiréis esta revelación? —preguntó Suffolk, apenas aguantándose la rabia. Aquel hombre le resultaba irritante, pero Derry no aceptaba la presión y todavía existía la sospecha de que al cabecilla de los espías le gustaba tener a un conde aguardando su respuesta. Suffolk decidió no dar-

le a Derry la satisfacción de mostrarse impaciente. Cruzó la sala para servirse una copa de agua de una jarra, que se bebió a sorbos rápidos.

–Nuestro Enrique desea una esposa –replicó Derry–. Verán helarse el infierno antes que darle una princesa real como hicieron con su padre. No, el rey francés mantendrá cerca a sus hijas para los franceses, de modo que ni siquiera le daré la satisfacción de rechazarnos. Pero existe otra casa, William: la de Anjou. Su duque tiene derechos documentados sobre Nápoles, Sicilia y Jerusalén. El viejo René se considera a sí mismo rey y ha arruinado a su familia intentando durante diez años reclamar sus derechos. Ha pagado rescates más cuantiosos de los que vos o yo veremos nunca, William. Y tiene dos hijas, una de ellas sin prometer y de trece años.

Suffolk movió la cabeza mientras se rellenaba la copa. Había renunciado al vino y la cerveza, pero en una ocasión como ésta los echaba realmente de menos.

–Conozco al duque René de Anjou –dijo–. Odia a los ingleses. Su madre era una gran amiga de esa muchacha, Juana de Arco... y recordaréis, Derry, que la quemamos en la hoguera.

–Absolutamente cierto –espetó Derry–. Estabais allí, la visteis. Esa bruja estaba aliada con alguien, aunque no fuera el mismísimo diablo. No, no os dais cuenta, William. René goza de la confianza de su rey. Ese francés arrogante le debe a René de Anjou su corona, se lo debe todo. ¿No le dio refugio la madre de René cuando se acobardó y salió corriendo? ¿No les mandó ella misma a la pequeña Juana de Arco para avergonzarlos y que atacaran? Esa familia ha mantenido Francia en manos francesas, o al menos hasta los confines de su territorio. Anjou es la clave de todo, William. ¡Pero si el rey francés se casó con la hermana de René, por el amor de Dios! Es la familia que puede presionar a su pequeño monarca... y son los que tienen una hija soltera. Son ellos la vía

de entrada, creedme. Los he considerado a todos, William, a cualquier señor francés con tres cerdos y un par de sirvientes. Margarita de Anjou es una princesa; su padre se arruinó para demostrarlo.

Suffolk suspiró. Era tarde y estaba agotado.

—Derry, no nos vale, aunque tuvierais razón. He visto al duque más de una vez. Lo recuerdo protestando ante mí porque soldados ingleses se reían de su orden de caballería. Se quedó muy ofendido, recuerdo.

—Entonces, no debió de haberla llamado Orden del Croissant.

—No es más raro que Orden de la Jarretera, ¿no? Sea como sea, Derry, no nos dará a su hija, y desde luego no a cambio de una tregua. Podría aceptar una fortuna a cambio de ella, si las cosas están tan mal como decís, pero ¿una tregua? No son tontos, Derry. No hemos hecho ni una sola campaña en una década y cada año se vuelve un poco más difícil conservar la tierra que dominamos. Tienen un embajador aquí y estoy seguro de que les cuenta todo lo que ve.

—Les cuenta lo que yo le dejo ver; por eso no os preocupéis. Tengo a ese muchacho perfumado bien atado. Pero no os he contado lo que ofreceremos para lograr que el viejo René acabe sudando y tirando de la manga de su rey, suplicando a su monarca que acepte nuestras condiciones. Sin las rentas de sus tierras ancestrales es pobre como un arquero ciego. ¿Y por qué? Porque son nuestras. Tiene un par de viejos castillos ruinosos que dominan las mejores tierras de cultivo de Francia, llenas de buenos ingleses y soldados que las disfrutaban por él. Maine y Anjou enteros, William. Eso lo llevará a la mesa de negociaciones bastante rápido. Nos dará la tregua. ¿Por diez años? Exigiremos veinte y a la maldita princesa. Y René de Anjou cuenta con la atención del rey. Esos devoradores de caracoles caerán de rodillas para aceptar.

Suffolk se frotó los ojos con frustración. Podía sentir el sabor del vino en la boca, a pesar de no haber ingerido ni una gota en más de un año.

—Es una locura. ¿Me pedís que renuncie a un cuarto de nuestras tierras en Francia?

—¿Creéis que me gusta hacerlo, William? —protestó Derry, exasperado—. ¿Os creéis que no llevo meses sudando, buscando un camino mejor? El rey me dijo: «Traedme una tregua, Derry». Y, bueno, ahí está. Ésa es la única manera de obtenerla y, creedme, si hubiera otra, ya la habría encontrado. Si pudiera utilizar la espada de su padre... Por Dios, si pudiera tan siquiera levantarla, ahora no estaríamos teniendo esta conversación. Vos y yo estaríamos otra vez fuera, con las trompas sonando y los franceses huyendo. Pero si no es capaz de hacer eso, y no lo es, William, vos lo habéis visto, éste es el único camino para obtener la paz. También le encontraremos una esposa, para ocultar todo lo demás.

—¿Se lo habéis dicho al rey? —preguntó Suffolk, consciente ya de la respuesta.

—Si lo hubiera hecho, habría accedido, ¿no es cierto? —respondió Derry amargamente—. «Vos sabréis qué hacer, Derry», «Si eso creéis, Derry». Ya sabéis cómo habla. Podría conseguir que accediera a cualquier cosa. El problema es que también lo pueden conseguir los demás. Es así de débil, William. Lo único que podemos hacer es procurarle una esposa, dejar correr el tiempo y esperar que tengan un hijo fuerte. —Vio la expresión sardónica en el rostro de Suffolk y continuó—: En el caso de Eduardo funcionó, ¿no es verdad? El Martillo de los malditos escoceses tuvo un hijo débil... ¿pero su nieto? Ojalá hubiera conocido a un rey como él. No, ya lo he hecho; serví a Enrique; serví al león del maldito Agincourt, y tal vez eso sea todo lo que un hombre pueda esperar en su vida. Pero mientras esperamos un monarca

como Dios manda, debemos obtener una tregua. El imberbe no es capaz de nada más.

–¿Habéis visto ni tan siquiera un retrato de esa princesa? –preguntó Suffolk mirando a lo lejos.

Derry se rio, desdeñoso.

–¿Margarita? Os gustan jóvenes, ¿no? ¡Y sois un hombre casado, William Pole! ¿Qué importa su aspecto? Tiene casi catorce años y es virgen; eso es lo único que importa. Podría estar llena de verrugas y lunares y nuestro Enrique diría: «si creéis que debo, Derry»; ésa es la verdad.

Derry se puso al lado de Suffolk y notó que parecía más encorvado ahora que cuando había entrado.

–Os conocen en Francia, William. Conocieron a vuestro padre y a vuestro hermano... y saben que vuestra familia ha pagado sus diezmos. Os escucharán si les contáis esto. Seguiremos teniendo el norte y toda la costa. Conservaremos Calais y Normandía, Picardía, Bretaña... y todo el territorio hasta París. Si pudiéramos conservar todo esto, y también Maine y Anjou, yo mismo haría ondear las banderas y marcharía con vos. Pero no podemos.

–Necesito oírlo de los labios del rey antes de regresar –dijo Suffolk con los ojos entristecidos.

Derry desvió la mirada, incómodo.

–De acuerdo, William. Lo comprendo. Pero, ya sabéis... No, de acuerdo. Lo encontraréis en la capilla. Tal vez podáis interrumpir sus plegarias, no lo sé. Estará de acuerdo conmigo, William. ¡Maldita sea, siempre lo está!

A través de una explanada de prado helado y crujiente, los dos hombres anduvieron a oscuras hasta la capilla de Windsor, dedicada a la Virgen Bendita, a Eduardo el Confesor y a san Jorge. A la luz de las estrellas, con el vaho de su aliento precediéndolo, Derry hizo un gesto a los guardas de la puerta

exterior cuando la cruzaban hacia un interior iluminado por velas, casi tan frío como la noche al raso.

Al principio, la capilla parecía vacía, aunque Suffolk presintió y luego vio que había hombres de pie entre las estatuas. Ataviados con túnicas oscuras, resultaban casi invisibles hasta que se movían. Los pasos sobre la piedra resonaban en el silencio mientras los vigilantes se acercaban a los dos hombres, que tenían la expresión dura de la responsabilidad reflejada en sus rostros. Derry tuvo que esperar dos veces a ser reconocido antes de poder avanzar por la nave hacia la figura solitaria que rezaba.

El asiento del monarca estaba casi cercado en madera tallada y dorada, iluminado por la luz tenue de unas lámparas que colgaban de muy arriba. Enrique estaba arrodillado con las manos extendidas frente a él, muy tenso y rígido. Tenía los ojos cerrados, y Derry suspiró levemente para sus adentros. Por un momento, él y Suffolk se quedaron quietos, esperando, contemplando el rostro juvenil levantado, bañado en una luz dorada en medio de la oscuridad. El rey tenía un aspecto angelical, pero a ambos les partía el corazón ver lo joven que parecía, y cuán frágil. Se dijo que su nacimiento había sido una dura prueba para su madre, francesa. Tuvo la suerte de sobrevivir y el niño nació azul y atragantándose. Al cabo de nueve meses su padre, Enrique V, murió, por una simple enfermedad que le arrebató la vida después de sobrevivir a cientos de batallas. Había quien decía que era una bendición que el rey guerrero no hubiera visto a su hijo hacerse hombre.

En la penumbra, Derry y Suffolk se miraron en silencio, compartiendo la misma sensación de pérdida. Derry se acercó un poco más.

—Podría estar así unas cuantas horas —susurró al oído de Suffolk—. Debéis interrumpirlo o seguirá igual hasta la mañana.



En respuesta, Suffolk se aclaró la garganta, emitiendo un ruido más fuerte de lo que había previsto en aquel silencio. Los ojos del rey se abrieron aleteando, como si regresaran de muy muy lejos. Poco a poco, Enrique volvió la cabeza y fue consciente de los dos hombres que estaban allí de pie. Parpadeó, les sonrió a ambos, se santiguó y murmuró una plegaria final antes de levantarse sobre sus piernas anquilosadas después de horas de inmovilidad.

Suffolk observó a su rey manoseando el pestillo del asiento del monarca antes de bajar y acercarse a él. Enrique dejó atrás la zona iluminada, de modo que no podían verle el rostro que se les acercaba.

Los dos hombres se arrodillaron y las rodillas de Suffolk protestaron. Enrique soltó una risita por encima de sus cabezas inclinadas.

—Mi corazón se llena de satisfacción al veros, lord Suffolk. Vamos, levantaos. El suelo está demasiado frío para los ancianos. Oigo a mi sirvienta quejarse, aunque no sabe que estoy allí. Es más joven que vos, creo. Arriba, los dos, antes de que os enfriéis.

Cuando Derry se levantó, encendió la lámpara que llevaba, iluminando toda la capilla. El rey iba ataviado con sencillez, un vestido de simple paño de lana oscuro y unos toscos zapatos de cuero, como cualquier ciudadano. No llevaba nada de oro y, con su aspecto de muchacho, podía haber sido un aprendiz de algún oficio que no requiriera demasiada fuerza.

Suffolk buscó en el rostro del chico algún rasgo de su padre, pero sus ojos eran inocentes y el contorno más fino, sin ninguna señal de la enorme fuerza de su linaje. A Suffolk casi se le pasaron por alto los vendajes en las manos de Enrique. Su mirada se centró en ellos y Enrique los levantó a la luz, mientras se ruborizaba.

–Prácticas de esgrima, lord Suffolk. El viejo Marsden dice que se me endurecerán, pero no hacen más que sangrarme. Pensé que por un tiempo... –Se interrumpió y levantó uno de los dedos vendado para darse unos golpecitos en los labios–. No, pero no habéis venido desde Francia para verme las manos, ¿no es así?

–No, su graciosa Majestad –respondió Suffolk delicadamente–. ¿Podéis dedicarme un momento? He estado hablando con maese Brewer sobre el futuro.

–¡No hay cerveza de Derry! –exclamó Enrique–. ¡Es el único maestro cervecero\* sin cerveza!

Era una vieja broma sobre su apellido, pero los dos hombres mayores se rieron cumplidamente. Enrique les sonrió.

–En realidad, no puedo moverme de este lugar. Se me permite hacer una pausa cada hora, para beber agua o para aliviarme, pero luego debo regresar a mis plegarias. El cardenal Beaufort me ha dicho que el secreto y la carga son demasiado grandes.

–¿El secreto, Majestad?

–¡Que los franceses no pueden venir mientras el rey reza, lord Suffolk! Con mis manos, aun vendadas como están, los mantengo alejados. ¿No es algo maravilloso?

Suffolk respiró lentamente, inhalando, exhalando, maldiciendo en silencio al tío abuelo del muchacho por su estupidez. No había motivo para tener a Enrique desaprovechando las noches de aquella manera, aunque Suffolk imaginó que facilitaba las cosas a aquellos que lo rodeaban. El cardenal Beaufort debía de estar durmiendo en algún rincón cercano. Suffolk decidió despertarlo y hacer que se uniera a las plegarias del chico. Al fin y al cabo, las plegarias de un rey sólo podían ser apoyadas por las de un cardenal.

Derry había estado escuchando atento, esperando a intervenir.

\* Brewer, en inglés, significa fabricante de cerveza (*N. de la t.*)

–Haré salir a los hombres, mi lord Suffolk. Su alteza, ¿con vuestro permiso? Se trata de un asunto privado, mejor que no nos oiga nadie.

Enrique le hizo un gesto para que procediera mientras Suffolk sonreía ante aquel tono formal. A pesar de la amargura y el desdén que sentía Derry, en presencia del rey se mostraba cauto. No habría blasfemias en aquella capilla, no de su parte.

El rey pareció no darse cuenta de la media docena de hombres a los que Derry condujo fuera de la capilla, a la noche gélida. Suffolk era lo bastante cínico como para sospechar que todavía podían quedar un par en los rincones más oscuros, pero Derry conocía a sus hombres y la paciencia de Enrique empezaba a agotarse, como lo mostraba su mirada, que se alejaba hacia su lugar de plegaria.

Suffolk sintió una punzada de afecto hacia el joven rey. Había observado crecer a Enrique con las esperanzas de todo un país sobre sus hombros. Suffolk había visto cómo esas esperanzas flaqueaban y luego se convertían en decepción. Sólo podía imaginar lo duro que había sido para el propio muchacho. Enrique no era tonto, a pesar de su extravío. A lo largo de los años sin duda había oído todos los comentarios punzantes que se habían hecho sobre él.

–Majestad, maese Brewer ha concebido un plan para negociar una tregua y una esposa al mismo tiempo, a cambio de dos grandes provincias de Francia. Cree que los franceses concederán una tregua a cambio de Maine y Anjou.

–¿Una esposa? –dijo Enrique parpadeando.

–Sí, Majestad, puesto que la familia en cuestión tiene una hija adecuada. Quería... –Suffolk vaciló. No podía preguntar si el rey comprendía lo que le estaba diciendo—. Majestad, hay súbditos ingleses que viven tanto en Maine como en Anjou. Serían desahuciados si renunciamos a ellas. Quería preguntaros si no es un precio demasiado alto a cambio de una tregua.

–Necesitamos una tregua, lord Suffolk. Debemos conseguirla. Mi tío el cardenal también lo dice. Maese Brewer está de acuerdo con él... ¡aunque no tenga cerveza! Pero, habládmeme de la esposa. ¿Hay algún retrato de ella?

Suffolk cerró los ojos un instante antes de abrirlos.

–Encargaré uno, Majestad. Pero, lo de la tregua... Maine y Anjou son el cuarto meridional de nuestras tierras en Francia. Juntas son tan grandes como Gales, Majestad. Si renunciamos a un trecho de tierra tan grande...

–¿Cómo se llama la muchacha? No la puedo llamar ni «muchacha» ni «esposa» todavía, ¿no, lord Suffolk?

–No, Majestad. Se llama Margarita. Margarita de Anjou.

–Iréis a Francia, lord Suffolk, y la veréis de mi parte. Cuando regreséis, querré saber todos los detalles.

Suffolk ocultó su frustración.

–Majestad, ¿entiendo que estáis dispuesto a perder territorios en Francia a cambio de la paz?

Para su sorpresa, el rey se inclinó hacia él para responder, con sus ojos azul claro brillando:

–Como vos decís, lord Suffolk, necesitamos una tregua. Dependo de vos para cumplir mis deseos. Traedme un retrato de ella.

Derry había regresado mientras la conversación tenía lugar, manteniendo una expresión cuidadosamente neutra.

–Estoy seguro de que Su Alteza Real quiere volver ahora a sus plegarias, lord Suffolk.

–Me gustaría, sí –respondió Enrique, levantando una mano vendada como gesto de despedida. Suffolk pudo ver una mancha rojo oscuro en el centro de la palma.

Le hicieron una honda reverencia al joven rey de Inglaterra mientras él volvía a su lugar y se arrodillaba, cerraba lentamente los ojos y entrelazaba los dedos con la fuerza de un candado.